

Emula la pluma del color de la carne del Celeste Imperio, relámpago de pluma persistente, el canario cantaba, el canario cantaba: juan-breve picudo, sobre extrafino, bajo la lluvia de alambre y cristal prendida de la jaula. ¡Oh precipitación repentina triste! Trino gibraltar, estrecho como un cuchillo de perfil, comprado con unas gotas de bolsillo de plata y escuchado, expuesto delante del sol del huerto, que anhela poner morenos bronce sus pajizos subidos limonados, natural consecuencia del plátano extranjero.

En el trapecio de caña, trapecista del cántico y la esclavitud, el tenor sin compañía de las islas -su patria es un limón o es una pera - con el Atlántico fruncido alrededor de sus contornos-, ya no enuncia su primer y acento.

Cayó, del clavo en que se ahorcaba su lirismo, la guitarra cuadrada, sobrante, falta, de cuerdas, de madera con vidrio, que rasgueaba al revolver, fija balanza de su voz, tan alta a veces, que ¡ay de aquél! que hubiera pretendido dar un salto desde la sensación de longitud expresada por su garganteo, y se le interrumpió del susto.

A la hora del sesteo, ya no tiene distraída la vecindad, que olvidaba el calor escuchándolo flauta, boba neta; y a mí sólo pendiente de su silencio.

Las hormigas se incautan del alpiste del cajón, de los dos ojos mondos, pisándose, chocándose, renovándose en la tapia. La hoja mejor de la lechuga, pálida de interioridad, como un ala de ternura de un canario mayor, abierta, desplegada, se adormece entre los cientos de recetas finas que conforman la cárcel modelo de la amarillez. La jícara del agua en que se abreva, cría verdín en su pared como un pozo de loza celestial. Y el canario está mudo. Se le fue la memoria de su sonoridad. Sólo cuando otro pájaro sonorea en mis árboles, prestándole, parado, atención, parece recordar, y ensalla unos gritos leves como la arena.

Mi madre solicita entre las vecinas, doctoras por experiencia, recetas y medicinas que curen al ave su su mal de armonía. Le aconsejan que lo envíe a un Colegio de Canarios; que lo apareen o desposen; que le corten las uñas, curvas, como rumbos transparentes de asirse a su prisión; que lo estimulen con silbos de imitación; que le arranquen de raíz la mirada redonda y negra... Alguien dice que no tiene remedio su enfermedad de silencio...

Protesta mi madre del alpiste que desperdicia, del dinero que se le va en alpiste.

--¿Para qué? lo queremos, si no nos canta. ¡Mire usted!, si el producto que no está dando el dichoso canario.

Yo acecho siempre su pico olvidado de su función tenora, la punta entreabierta de su canción de antes.

Introduzco un limón atado dentro de la jaula. El canario lo examina con el sólo punto guineo de un lado de su cabeza, al momento. Ilusionado, galán de prisa, más amarillo de alacridad y amor, como si hubiese recobrado de un golpe la conciencia de su memoria música, retiembla haciendo péndulo la jaula en la alcavata; iza la garganta con los bultos estremecidos de la marea que le asciende de canción; entorna la espina cerrada por el accidente, y mana su voz, su frenesí, improviso, lleno de pruritos, de incidencias vocales, chino y oscuro, romería invasora de avispas sonámbulas de siesta, hinchando los ámbitos de su regalada cárcel, propasándolos y dispersándose, como una fontanica en aviento, parva de halago, en la esfera de mi oído.

La madre mía, las vecinas morenas medoras, manifiestan sonrisas, asidas a una orilla de las cortinas marineras, náufragas de satisfacción, azul y blanco alternado a listas, que filtran al contraluz de las casas el paisaje de torres y veletas de encima de la calle.

*puede ir*

